

# COMBATE NAVAL DE PUNTA GRUESA\*

Decreto N° 367. *Nómbrese Aprendiz Mecánico de la Armada, con derecho a ración y sin sueldo, a don J. Arturo Olid, quien se embarcará en la goleta Covadonga mientras obtiene una plaza efectiva en alguno de los buques que componen la Escuadra Nacional en campaña. Anótese. Eulogio Altamirano.* (Comandante General de Marina).

El día 1 de mayo, esto es, dos o tres días después del decreto, el Ingeniero señor Coros me llevó a la *Covadonga* y dejándome en cubierta bajó a la cámara del comandante para darle cuenta del nuevo tripulante que llegaba a bordo bajo sus recomendables auspicios. Minutos después fui llamado a la cámara del comandante de la *Covadonga*, que era un cuartucho reducidísimo, donde se paseaba con las manos puestas a las espaldas un oficial de buena estatura, pálido, de amplia y blanca frente, el cual me interrogó sobre si tendría ánimo para desempeñar la pesada tarea de un Aprendiz Mecánico, siendo de tan corta edad.

Me confundí un poco al contestar lo más acertadamente que pude, dada mi poca experiencia; pero me animó mucho y me fortaleció la expresión bondadosa y de tranquila serenidad con que se dignaba interrogarme el jefe del buque; más aún cuando yo me consideraba un perfecto microbio al lado de aquel gallardo y altivo oficial, de mirada suave a la vez que enérgica y penetrante. Salí de la cámara muy animado con el bondadoso tratamiento de aquel jefe, que era el Capitán de Fragata graduado don Arturo Prat.

Dos días después zarpamos para Iquique en convoy con la corbeta *Abtao*, que mandaba el Capitán de Corbeta don Carlos Condell.

Así fue como ocurrió el hecho de encontrarme a bordo de la *Covadonga*, como Aprendiz Mecánico, a ración y sin sueldo, sin haber visto en mi vida más máquina que la de coser... y además con el honor de ser mandado por el gran futuro héroe chileno, el legendario Arturo Prat.

## Prat y sus compañeros

En los pocos días que duró el viaje a Iquique, recuerdo perfectamente que veíamos rara vez al comandante en cubierta y cuando subía a pasearse un rato, después de la comida, o al puente, desde donde escudriñaba sin cesar el horizonte, hablaba muy poco con los oficiales, excepción hecha con el segundo, que era el Teniente Orella; creo que más bien los oficiales le tenían demasiado respeto al comandante y no se atrevían a intimar con él por su aspecto siempre grave y reflexivo; por lo demás, era excesivamente bondadoso y afable cuando dirigía la palabra a alguno.

Era segundo comandante el Teniente don Manuel Orella y seguían en graduación el Teniente 1° don Demetrio Eusquiza, el Teniente 2° don Estanislao Lynch, el Guardia Marina Miguel Sanz, el cirujano y joven serenense don Pedro Videla, el Contador 3° don Enrique Reynolds y don Severo Coros, Ingeniero a cargo de la máquina. El resto del personal de máquinas lo componían un Ingeniero 3°, don Protacio Castillo, y dos Aprendices Mecánicos que hacían

\* Narración basada en el texto publicado por el autor, señor J. Arturo Olid Araya —tripulante de la “Covadonga”, en esa memorable acción de guerra— treinta y siete años después del combate y que integra una completa e interesante recopilación de sus artículos, hecha recientemente por sus descendientes para perpetuar su memoria.

guardias de Ingenieros 3º, Ramón Rebolledo y Roberto Osorio. La tripulación estaba compuesta de ciento cuatro hombres, de capitán a paje.

### Zafarrancho de combate

Aparte de las naturales incomodidades de un buque tan estrecho y con demasiada tripulación, recuerdo que, navegando a la altura de Caldera con temporal deshecho (era el mes de los malos tiempos), el *Abtao*, que venía navegando tras de nuestro buque, izó sus velas y en menos de dos horas nos pasó hasta perderse de vista en el horizonte. Esa misma tarde, por la proa, fue avistado un buque de guerra que navegaba al sur. Avisado el comandante Prat de esta novedad, subió precipitadamente al puente de mando y después de observar con sus anteojos el buque avistado llamó a Orella y le ordenó tocar zafarrancho de combate.

Era de ver el movimiento y las carreras de la tripulación para tomar sus puestos de combate; las dos piezas de 70 libras con que estaba armado el buque fueron desfundadas en dos minutos y puestas en batería en otros dos; los sirvientes de las piezas apenas se podían tener en pie con los enormes balances y cabeceos del pequeño buque, que bailaba como una cáscara de nuez sobre las inmensas olas que a cada instante amenazaban tragarnos. Las secciones de abordaje se armaron con sendas hachas y unos sables descomunales cuya sola vista espantaba; los oficiales Lynch y Orella mandaban, respectivamente, las dos piezas. La presión en las máquinas fue levantada en forma de dar el máximo de velocidad ¡6 millas! Puestos así en facha y el querido tricolor al viento, esperamos se acercara el buque avistado y mostrara a la vez su pabellón.

Con natural ansiedad esperaban todos saber a qué atenerse con respecto al buque avistado que ya teníamos casi encima y que por su aspecto, su corte airoso y elegante, indicaba ser una corbeta de guerra. Algunos aseguraban que era la *Unión*, uno de los más veloces y mejores buques del enemigo, armado con doce piezas de artillería, superiores a las dos nuestras. Todos miraban por encima de la borda al buque misterioso y al capitán Prat, que permanecía impassible en el pequeño puente de mando.

Recuerdo que fui mandado por el ingeniero al puente para comunicar al jefe que los calderos estaban con el máximo de su presión y me llamó la atención la intensa palidez del comandante.

Hoy, con mayor experiencia, sé apreciar debidamente la situación del Capitán Prat en

ese momento, el que se veía con la enorme responsabilidad de un jefe que mandaba una verdadera cáscara de nuez enfrente de un posible enemigo formidable y, por añadidura, con un temporal desatado.

Felizmente, cuando ya se iba a dar la orden de intimidar con un cañonazo con pólvora la orden de mostrar su pabellón, el buque a la vista izó la bandera inglesa y resultó ser la corbeta *Turquoise*, que se hallaba de estación en esta parte del Pacífico. Dos días después llegamos a Iquique, donde encontramos ya incorporada a la Escuadra a la corbeta *Abtao*.

### Durante el bloqueo

El bloqueo de un puerto enemigo es para los marinos un verdadero *Via Crucis*, en que además de la vigilancia que se debe tener a toda hora sobre la costa bloqueada hay que agregar el aburrimiento natural que origina ese acto de guerra hasta cierto punto pasivo, la escasez de víveres frescos, la monotonía de la vida, que no ofrece variedad alguna; la tensión de los nervios ante el peligro constante de un torpedo traicionero que venga a ocasionar la pérdida estúpida y poco gloriosa de uno de los buques con toda su tripulación.

Todos los días el mismo panorama, las mismas operaciones: Fondear por la mañana, después de reconocer prolijamente el sitio elegido para hacerlo, y levar anclas en la tarde para salir mar afuera. Los oficiales se aburren y las tripulaciones se enervan y se fastidian, desesperados de no encontrar al enemigo para entrar en combate.

En Iquique ocurría todo esto, a pesar de que las tripulaciones aprovechaban el tiempo en ejercitarse diariamente y en adiestrarse en el tiro al blanco, faenas de embarques y desembarques, instrucciones de abordaje, incendios, colisiones, etc. Diariamente se designaba en la orden del día un buque de guardia, el que tenía la obligación de vigilar especialmente todo movimiento en el interior del puerto, muelles y playas vecinas, con recomendación especial de impedir que funcionaran las máquinas resacadoras de agua dulce de que se surtían los pobladores y el Ejército ahí acantonado. Cada vez que las chimeneas de estas resacadoras arrojaban algo de humo, el buque de guardia les hacía fuego hasta que el humo desapareciera. Lo mismo ocurría cuando se notaba algún tren o máquina que intentaba dirigirse al interior. En estos casos, los mejores artilleros de la Escuadra, como Moraga u Orella, dirigían la puntería, generalmente con un éxito que les reportaba las

más ardientes felicitaciones de la Escuadra entera.

### **Deslucida comisión**

Cuando los subalternos y "pichiruches" de la *Covadonga* supimos que el grueso de la Escuadra, con los blindados a la cabeza, saldría para Callao en demanda de la Escuadra enemiga, que se suponía estaba en ese puerto próxima a zarpar para el sur, y cuando supimos que se había resuelto dejar a cargo del bloqueo de Iquique a la *Esmeralda* y a la *Covadonga*, casi nos sentimos con ganas de ahorcarnos de la más alta verga del palo trinquete. Los jefes y oficiales de ambos buques estaban tan descontentos como nosotros.

¡Cómo! ¡Se iban todos a buscar la gloria de los combates, a medirse en una gran batalla naval con la famosa escuadra peruana y a nosotros se nos dejaba "aconchados", cuidando que no pitaran las chimeneas de las máquinas resacadoras de agua! Eran de oír las conversaciones, los juramentos, los vocablos gruesos que echaban los marineros y las caras largas de los oficiales, que estimaban como una ofensa cruel e inmerecida la elección hecha en nosotros para dejarnos en tan pobre y deslucida comisión.

### **Me separo del Capitán Prat**

El día 19 de mayo hubo cambio de jefes; el capitán Prat, de la *Covadonga*, pasó a la *Esmeralda*, y Condell, del *Abtao*, a nuestro buque y se designó al primero como jefe de la escuadrilla bloqueadora. Yo creí que sería fácil para mí obtener transbordo a un buque más grande y antes de que el Capitán Prat dejara la *Covadonga*, pedí permiso al Teniente Orella para hablar con el comandante, permiso que me fue otorgado de muy buena voluntad.

Una vez en presencia del Capitán Prat y siempre animado por la bondad que me había manifestado en el acto de mi embarque, le expuse mi deseo de ir al buque de su mando, tanto más cuanto que mi protector, el ingeniero señor Coros, había sido trasbordado a la *Magallanes*. El Capitán Prat, que se ocupaba en preparar su equipaje, oyó benévolamente mi petición y me prometió dar orden de transbordarme a la *Esmeralda* tan pronto como zarpara la Escuadra a Callao.

Al día siguiente zarpó la Escuadra y nosotros quedábamos tristes y cariacontecidos, montando la guardia de Iquique y aprontándonos para las largas y monótonas horas del pesado bloqueo. Todos envidiaban la suerte de los que iban en la expedición a Callao, los que se-

guramente cosecharían gloria y renombre. Sin embargo, las cosas pasaron de distinto modo.

El 20 de mayo me fue comunicada la orden de transbordo a la *Esmeralda*, lo que me vino a probar que el Capitán Prat no había olvidado su promesa al modesto Aprendiz de Maquinista de la *Covadonga*. Con verdadero júbilo arreglé la pequeña maleta y la diminuta cama que constituían mi equipaje, para irme en el acto a mi nuevo buque; pero al subir a cubierta encontré que estaban izados todos los botes y se preparaba el buque para salir. Me presenté al Teniente Orella y este me dijo: "Jovencito, aguántese aquí hasta mañana, que no voy a arriarle ni el chinchorro para Ud."

Así fue como al día siguiente, en que tuvo lugar el combate, me encontré en la *Covadonga*, cuando ya pertenecía a la dotación de la *Esmeralda*.

Indudablemente, esta circunstancia me salvó la vida, puesto que del personal de máquinas de la *Esmeralda* sólo escapó un Aspirante a Ingeniero. Pero creo que si me hubieran dado a escoger, a sabiendas del desastroso resultado del combate que se trabó al día siguiente, no hubiera trepidado en aceptar mi transbordo, ya que los compañeros que allí sucumbieron escalaron la inmortalidad y la gloria con su generoso martirio. La muerte por la patria es el más dulce de los sacrificios que puede hacer un verdadero ciudadano.

### **Antes del combate**

He leído muchas relaciones más o menos exactas y puedo decirles que ya no queda nada de importancia que no esté dicho y publicado.

Sin embargo, no he leído nunca el hecho de que la noche del 20 de mayo, cuando cruzábamos fuera de la bahía montando la guardia y vigilando la entrada del puerto, mientras la vieja *Esmeralda* vigilaba adentro en su habitual fondeadero, más o menos a las 4 de la madrugada los serviolas (centinelas marinos del buque) anunciaron que habían creído divisar por el lado sur la estela de un buque. Montaba la guardia en el puente a esa hora el Teniente Orella y este, que era tan prudente en el trabajo ordinario como temerario en el combate, trató de seguir la dirección de la estela anunciada para saber a qué atenerse y dar cuenta al comandante en caso de necesidad.

Recuerdo perfectamente haber visto el rastro fosforescente que deja en el agua el movimiento de las hélices de un buque, pues en esos momentos salía de guardia de la máquina y antes de irme a dormir quise tomar el aire fresco de la noche en la cubierta del buque. Oí

después que ya no se vio más el rastro y no se le dio mayor importancia al hecho. Después se supo que los buques enemigos *Huáscar* e *Independencia* pasaron un poco al sur del puerto más o menos a las 4 de la mañana, esperando que aclarara para atacarnos.

### **Humos al norte**

A las 6 de la mañana y ya claro, volvíamos en demanda de nuestro fondeadero cuando el vigía del palo trinquete dio el grito de ¡humos por el norte!

El Oficial de Guardia examinó con su antejo la silueta de los buques avistados y sospechando que pudieran ser enemigos dio parte al Teniente Orella, que recién había dejado el puente para bajar a descansar en su camarote. Orella no se había acostado aún, pero se había sacado los zapatos, reemplazándolos por unas zapatillas, con las cuales subió al puente.

Observó apenas dos minutos los buques que se acercaban a todo vapor y en el acto dijo en voz alta: "Son los buques peruanos *Huáscar* e *Independencia*".

En estos momentos de expectación general, llegó al puente el comandante Condell, que a pesar de estar recogido en su cámara se presentó correctamente uniformado y con su espada al cinto, del cual pendía un revólver. Confirmado el hecho de que los dos más poderosos buques de guerra enemigos se nos venían encima, se tocó a zafarrancho y cada cual ocupó su puesto de combate, con el corazón alegre y el ánimo dispuesto a luchar y a morir, ya que parecía imposible resistir más de un cuarto de hora la embestida de aquellos formidables enemigos.

### **La primera impresión**

Yo había salido de guardia de la máquina a las 4 de la madrugada y me había recogido a mi litera, que estaba cerca de la del Ingeniero Castillo. Como estaba rendido de sueño me había dormido profundamente, cuando fui despertado por el sonido de la corneta que tocaba el alarmante toque de "zafarrancho de combate", a cuyo aviso todo el mundo debe correr a su puesto después de armarse en la sala de armas.

Sentía el toque de la corneta, el ruido de los cañones de cubierta que eran puestos en batería, las carreras de los marineros que subían y bajaban las escalas, las órdenes rápidas y perentorias que daban los oficiales a sus respectivos pelotones; pero como no había día que no se tocara zafarrancho de combate para ejercitar a la tripulación, me imaginé que se trataba de

un simple ejercicio y me quedé tranquilamente en cama, hasta que la voz del Ingeniero Castillo, que me llamaba urgentemente, me hizo comprender que la cosa no era broma.

En menos de dos minutos estuve listo y armado también, pues pertenecía a la sección de abordaje y mis armas se componían de un descomunal sable, que apenas podía, y un hacha con la cual debía partir el cráneo del enemigo que se pusiera a mi alcance.

Así armado, me presenté en la máquina, donde estaba ya todo el personal afanado en desempeñar sus respectivas tareas. El comandante Condell había ordenado levantar al máximo el vapor de las calderas y era de ver como daba trazas el Ingeniero Jefe que era don Emilio Cuevas, para cumplir la orden superior.

Mi puesto estaba en la sección de los calderos y ahí debía ayudar a vigilar la presión con el Ingeniero Castillo.

Desgraciadamente, los calderos eran viejísimo, los tubos reventaban unos después de los otros y el agua salía de los calderos por la juntura de los cien parches que tenían, como si se tratara de un canasto. El señor Castillo se mantenía afirmado en unos sacos de carbón, con el revólver en la mano, listo para saltarle la tapa de los sesos al primer fogonero que desobedeciera sus órdenes o aflojara en la tarea.

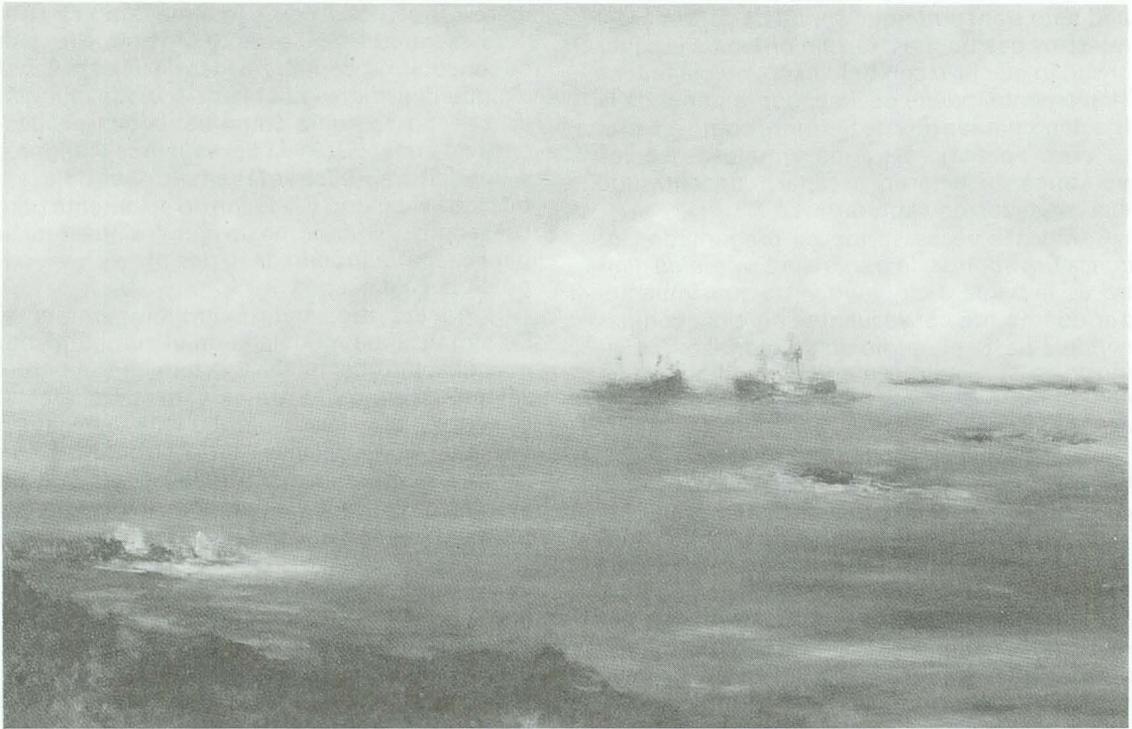
Yo iba de los calderos a la máquina, atravesando por un pasillo oscuro y resbaloso, llevando y trayendo las órdenes del Ingeniero, que pedía más vapor, y las protestas de Castillo, que contestaba lacónicamente: Dígame al señor Cuevas que vamos a volar de un momento a otro, porque los calderos no resisten. A esto Cuevas contestaba, más lacónicamente aún: A Castillo que vuele de una vez, pero que levante más vapor.

### **El momento más solemne**

En esos momentos fui mandado al puente para decirle al comandante que, si exigía mayor presión, el buque podía volar por el fracaso de los calderos.

En los momentos en que salí a cubierta, la situación era la siguiente: La *Covadonga* estaba a unos 10 metros de la *Esmeralda*, que ya había abandonado su fondeadero, y los buques enemigos estarían a unos tres mil metros de nosotros: El *Huáscar* avanzaba sobre los dos buques chilenos y la *Independencia* parecía abrirse al sur para cerrarnos la escapada en esa dirección.

Los comandantes de la *Esmeralda* y de la *Covadonga*, en sus respectivos puentes, las tripulaciones en sus puestos de combate, las máquinas paradas y el silencio más absoluto en



COMBATE DE PUNTA GRUESA, OLEO DE VIRGINIA TAGLE LARRAIN

ambos buques. Los jefes iban a ponerse a hablar.

Arriba, el cielo azul purísimo y en el pico de mesana de los buques flotaba al viento la bandera tricolor; abajo, el mar tranquilo, como una taza de leche.

Como no podía subir al puente del Comandante, porque comprendí que el momento era solemne, me quedé observando lo que iba a ocurrir junto con el Cirujano Videla, que había subido a cubierta para informarse de la situación. Así fue como presencié aquel diálogo corto y vibrante que la historia ha inmortalizado ya y que escritores muy autorizados han dado a conocer a todos los chilenos.

En el puente de mando de la vieja *Esmeralda* se destacaba la noble y arrogante figura de Prat, vestido con su uniforme de intachable corrección; estando cerca, veíamosle el semblante tranquilo e inalterable; parecía una estatua de mármol, ya que los músculos de su cara estaban tensos.

La hermosa bandera chilena de combate que enarbolaba la gloriosa corbeta parecía que cubría al heroico jefe con sus amplios pliegues.

Por fin se rompió el silencio; el héroe preguntó si había almorzado la gente; Condell res-

pondió afirmativamente y Prat dijo: "Seguir mis aguas, cuidar los fondos, tratar de que las balas enemigas que no nos acierten caigan en la población". —¡All right!— contestó nuestro comandante y en ese preciso momento el *Huáscar* puso fin al diálogo, enviándonos el primer cañonazo, cuyo proyectil cayó exactamente entre la popa de la *Esmeralda*, que ya se dirigía al puerto, y nuestra proa, que seguía las aguas del buque jefe.

Es imposible que la pluma describa fielmente el entusiasta y espontáneo ¡Viva Chile! que brotó en ese instante de los labios de las dos tripulaciones. Posiblemente en las muchas situaciones heroicas y difíciles porque han atravesado la Armada y el Ejército de Chile han podido manifestarse entusiasmos parecidos al que trato de describir; pero jamás creo que puede otro superar al que brotó en esos instantes, viril, consciente y unísono, del pecho de aquel puñado de patriotas que habían jurado vender caras sus vidas defendiendo el honor y la gloriosa enseña de la patria.

### Se separan los buques

Al divisarse los barcos enemigos, el *Lamar*,

pequeño transporte que servía de carbonero a nuestros dos buques, recibió orden de escapar al sur, lo que hizo con todo éxito, resbalándose suavemente, puede decirse, por la punta de la isla denominada hoy de Serrano; como era presa poco apetitosa para los orgullosos barcos peruanos, la dejaron escapar, concentrando sus esfuerzos en capturarnos.

Muchas veces se me ha preguntado por qué la *Covadonga* dejó sola a la *Esmeralda* dentro de la bahía de Iquique y, de consiguiente, por qué no fue consecuente con ella acompañándola hasta el último en su glorioso heroísmo y en su sublime martirio. Realmente, ha habido razón para que muchos se hayan hecho esta pregunta.

Recuerdo perfectamente haber oído discutir en el puente de mando de la *Covadonga* al comandante Condell con el Teniente Orella y el Teniente Lynch sobre la situación que se producía en los momentos mismos que entrábamos tras de la *Esmeralda* para encerrarnos en Iquique y morir indudablemente con la mayor heroicidad, pero sin divisar una sola probabilidad de mediano éxito. Yo lo oí en razón de que, habiéndose interrumpido el telégrafo de mando del puente a la máquina, fui designado, probablemente en vista de mi juventud y de que en resumen yo no desempeñaba un gran papel ni era indispensable para el servicio de las máquinas, para llevar las órdenes directamente del comandante Condell al Ingeniero señor Cuevas y debía permanecer, en consecuencia, al alcance de la voz del jefe del buque para transmitir las por el cubichete de la máquina al Ingeniero ya nombrado. Por esta sencilla razón presencié en cubierta y muy cerca del comandante la mayor parte del combate, en todo su heroico y dramático desarrollo.

El comandante Condell llamó al puente a Orella y a Lynch y les manifestó que si se encerraban con la *Esmeralda* dentro de la bahía el *Huáscar* sólo batiría y hundiría ambos buques, lo que desde luego se comprobaba con el hecho de que la *Independencia* volteaba afuera, mientras el *Huáscar* nos estaba haciendo fuego a nosotros, para proseguir la tarea con la *Esmeralda* una vez que hubiéramos desaparecido del escenario de la vida. Era de consiguiente necesario y estratégico a la vez tratar de salir al sur por el mismo rumbo del *Lamar*, obligando así a dividirse a los buques enemigos y aumentando también, así mismo, las pocas probabilidades de éxito que teníamos para escapar.

### Los dos jefes: Prat y Condell

El comandante Condell tenía un carácter suma-

mente impetuoso, como lo tenía también Orella, su segundo, y su espíritu ardiente y fogoso no concebía ni aceptaba la idea de dejarse echar a pique dentro de la bahía de Iquique, aunque este hecho ocurriera como debía ocurrir, después de una resistencia desesperada y heroica. A Condell le agradaban las situaciones difíciles; buscaba el peligro y la lucha no solamente para caer combatiendo como un héroe, sino también para caer arrastrando en lo posible a su enemigo en la caída.

Prat era otro espíritu, otro temperamento. Su alma estaba modelada en el cumplimiento más absoluto del deber y razonaba fríamente, sin entusiasmos teatrales y de gran efecto. Cuando en el transcurso de su vida se encontró en situaciones difíciles, supo afrontarlas con serenidad, pero con firme resolución de no apartarse un ápice del camino que, según su recto, culto y elevado criterio, se había trazado.

Desde que salió de Valparaíso al mando de la *Covadonga*, llevaba el firme propósito de abordar el buque enemigo con el que le tocara combatir. Esta idea estaba tan arraigada en su cerebro que antes de partir dijo a algunos de sus amigos y compañeros que si le tocaba la suerte de encontrarse con el *Huáscar*, lo abordaría. Esto era en él una obsesión y un problema tan resuelto, que la mayor parte de los ejercicios que se practicaban a bordo de la *Covadonga*, desde nuestra salida de Valparaíso, eran únicamente de abordaje.

Su segundo, Orella, que era un loco temerario por su valor exaltado, lo secundaba a maravilla organizando secciones de abordaje e instruyendo día a día a la tripulación en esta idea de Prat. Yo mismo, que era entonces un pegote que jamás había tenido en mis manos una mala escopeta, pertenecía, tal vez muy a mi pesar, a una de las secciones de abordaje.

Cuando se trasbordó Prat a la *Esmeralda*, lo primero que hizo en su nuevo buque fue organizar el abordaje como supremo y único medio para alcanzar una victoria sobre sus presuntos contendores. Hay que reconocer que tenía toda razón en adoptar este medio de combatir, ya que entraba casi en lo seguro que de batirse con alguien habría de ser con el *Huáscar* y que para vencer a este de nada le servirían los pequeños cañones que tenía la vieja *Esmeralda*, más aptos para hacer salvas de honor que para agujerearle la epidermis a un monstruo de acero, como era el célebre monitor peruano.

Adoptada por Prat esta resolución y dado su carácter inflexible en todo aquello que resolvía, entró en la bahía de Iquique con la firme resolución de hundirse combatiendo con su

bandera al tope, pero con la esperanza de hundirse junto con su enemigo o tomarlo al abordaje, como realmente casi sucedió.

Condell siguió su natural impulso y después de un rápido cambio de opinión con sus subalternos, tentó por su parte el recurso de dividir el combate, haciéndose perseguir por la *Independencia* para arrastrarla, si fuera posible, a las rocas de Punta Gruesa, base de granito inamovible en que fundó este gran marino chileno su futuro enaltecimiento y posiblemente la salvación de la patria.

### La hazaña de Condell

Quiero detenerme unas pocas líneas más en este punto y aclarar, dentro de lo posible, un hecho que siempre ha sido formulado más o menos veladamente por muchos escritores, que con mucho acopio de frases no se han atrevido a explicarlo por completo.

Se ha dicho y asegurado en muchas ocasiones que la pérdida de la fragata *Independencia* fue debido a la "chiripa" de haber chocado con la roca sumergida de Punta Gruesa, por sobre la cual pasó Condell por pura casualidad.

Treinta y siete años después de ocurrido el hecho es difícil probar lo contrario y más cuando no poseo la pluma ni el talento autorizado de un historiador concienzudo y de alto crédito; pero obra en favor de lo que voy a sostener y a tratar de probar, hasta donde es posible, la circunstancia de que puedo decir: "Yo lo vi o yo lo oí", circunstancia que vale como la opinión de tres historiadores juntos, por más respetables que parezcan ser.

La resolución y la idea de Condell al escapar al sur, haciéndose perseguir por la *Independencia*, no fue con la esperanza de escapar de veras, puesto que tenía en contra de esta expectativa los siguientes factores:

- a) Mientras la fragata peruana desarrollaba 14 millas por hora, la goleta chilena sólo daba 5 millas a revienta calderas.
- b) La *Independencia* montaba 12 cañones de 70 libras y uno a proa de 150 libras; la goleta chilena montaba solamente 2 de 70 libras.
- c) El barco enemigo era acorazado y tenía 300 tripulantes y la goleta chilena era de madera y sólo tenía 104 tripulantes.

No hay necesidad de demostrar más las ventajas de un buque sobre el otro.

En medio de su natural impetuosidad, Condell era perspicaz y vio claramente diseñada la expectativa de arrastrar a su poderoso enemigo hacia los bajos de Punta Gruesa, naturalmente sin prever el punto en que iba a enca-

llar, porque esto estaba fuera de la previsión humana. El solo hecho de conducir a su enemigo a un paraje tan peligroso significaba para Condell una apreciable ventaja para él y un peligro positivo para el peruano.

Los rusos, en la actual conflagración europea, han atraído deliberadamente muchas veces a las formidables huestes teutonas a regiones pantanosas llenas de peligros naturales y encubiertos; esta táctica no puede ser calificada como de "chiripa", porque siendo premeditada y de una habilidad innegable, ha manifestado en sus autores altas cualidades de pericia y estrategia.

El éxito no es absolutamente seguro en todos los casos, según sean la capacidad y el tino del enemigo.

Está, pues, fuera de duda que Condell maniobró sabia y concienzudamente al dirigirse con su buque hacia los bajos de Punta Gruesa y que el éxito que obtuvo no fue debido a la casualidad. Era tan claro y tan posible el buen resultado de esta maniobra, que a bordo de la *Covadonga* estábamos segurísimos de que si la *Independencia* cometía el error de aventurarse por esos parajes para darnos caza, era buque perdido, siempre que tuviéramos la suerte de no ser primeramente hundidos a cañonazos.

### Primeras víctimas en la "Covadonga"

Resuelta, pues, en el ánimo de Condell la singular aventura de meterse por los bajos, la puso en práctica en el acto y en vez de encararse con el *Huáscar*, que nos hacía fuego desde el centro de la bahía, viró al sur y puso proa resueltamente al cabezo de la isla de Serrano para deslizarse fuera de Iquique. Al ver nuestra maniobra y comprendiendo la intención de Condell, el *Huáscar* hizo señales a la *Independencia* y le ordenó cerrarnos el paso al sur, lo que esta nave se dispuso a hacer inmediatamente, con poca fortuna empero, pues la gentil goleta chilena rebasó la isla y pudo correr entonces francamente al sur apegada a la costa y en demanda de Punta Gruesa.

Antes de realizar esta maniobra, el *Huáscar* nos envió su saludo de despedida, acertándonos un proyectil de 300 libras que casi puso fin ahí mismo a los tácticos proyectos del jefe chileno. Este proyectil entró por el costado de estribor a la altura del entrepuente, donde dormía la tripulación, se llevó un gran trozo del palo trinquete y perforó en su salida nuevamente el casco a proa, casi a flor de agua. Al atravesar por el entrepuente, destrozó horriblemente las piernas del Cirujano Videla, que en esos

precisos momentos bajaba de cubierta, y le llevó también la cabeza al mozo Ojeda, de la cámara de oficiales.

Estas fueron las primeras víctimas que cayeron en la *Covadonga*.

### Situación de las naves

Cuando doblábamos la puntilla de la isla Serrano, vimos por última vez a nuestra vieja y heroica compañera que en esos precisos momentos disparaba sobre el *Huáscar* su primera andanada de proyectiles. El humo en que se vio envuelta la *Esmeralda* durante ese instante nos hizo creer que había volado su santabárbara; Conde y sus oficiales se descubrieron conmovidos en ese momento, creyendo en el fin prematuro de la corbeta.

Doblada la isla, no la vimos más y tuvimos que concretarnos a encarar nuestra propia situación que no era por cierto de lo más divertida si se piensa que, por el lado del mar, teníamos al costado y a menos de mil metros una fragata poderosísima que nos hacía fuego con andanadas de doce cañonazos; que por el lado de tierra y a menos de media milla, veíamos un regimiento peruano de caballería que seguramente seguía por las sinuosidades de la playa para tomarnos prisioneros si varábamos; que bajo la quilla había un semillero de bajos en los cuales podíamos chocar e irnos a pique... unido todo esto a un andar de cuatro millas, a lo sumo.

Me olvidaba decir que, al doblar la isla, nos salieron una o dos docenas de embarcaciones cargadas con soldados, los que parece se habían imaginado que nuestro buque iba a vararse en la isla. Estas embarcaciones iban posiblemente a recibir la tripulación del buque naufrago y a apoderarse de él para custodiarlo. Dos o tres cañonazos de Orella las hicieron regresar más que de prisa a la playa, en medio de una espantosa confusión.

### Con la "Independencia"

Si el comandante del buque enemigo se adelantaba unas dos millas a nosotros y se cruza francamente en nuestro rumbo al sur en el paraje que a él le hubiera agradado, no habríamos tenido otra cosa que hacer que hundirnos con la bandera al tope, concluyendo así el combate; pero el capitán peruano parece que deseaba obligarnos a rendirnos, para así poder presentar al pueblo de Perú un trofeo vivo de su valor y empuje. Esta justa ambición lo perdió. El rápido andar de la *Independencia*, catorce millas, le daba una ventaja enorme que aprovechaba pa-

ra jugar con nosotros como lo hace el gato con el ratón.

Tan pronto se colocaba a 500 metros a estribor y nos disparaba una andanada entera, como se alejaba rápidamente a mil o dos mil metros para volver a cargar sus cañones y volver a acercárenos como una flecha y repetir la dosis, eligiendo el momento, la distancia y la ocasión que creía propicia para herirnos, mientras nuestros bravos artilleros, que no deseaban perder tiros, sólo disparaban cuando el buque enemigo se acercaba demasiado y el tiro podía darse por bien empleado.

El ojo experto y el pulso firme de Orella, que personalmente disparaba uno de los cañones, atisbaba el momento oportuno y hería, hería sin cesar las partes vitales del casco enemigo, que se revolvía furioso, se alejaba y volvía con furor ciego a descargar sus piezas sobre nuestra débil goleta.

Las andanadas de la fragata peruana no daban felizmente en el blanco; caían al agua, veinte metros adelante, pasaban por entre nuestra arboladura para caer como una perdigonada de cazador inexperto cien o doscientos metros a babor, esto es, entre nuestro buque y la playa, cuando no iban a reventar con horrísono estruendo en las rocas de la playa, haciendo emprender azorado y presto vuelo a las nubes de pájaros marinos que se elevaban, espantados de tan extraordinario concierto.

### Recibimos dos cañonazos

Eran las 11 de la mañana cuando la *Independencia* logró incrustarnos dos de sus granadas: Una perforó nuestro costado a la altura de la máquina y la otra, casi simultáneamente, penetró a la altura de los calderos, salvándose nuestro buque de un desastre por el hecho de que las carboneras estaban repletas de combustibles y ubicadas precisamente entre el departamento de máquinas y calderos y el costado del buque, haciendo de consiguiente el papel de una cintura de protección de esas partes vitales del buque. Las dos granadas estallaron entre el carbón sin originar mayores daños y sin siquiera ocasionar ni un amago de incendio.

A las once y media la situación era la misma: La *Independencia* cañoneándonos por el costado de estribor y nosotros contestándole con sin igual ardor y con tal rapidez que, con justificada razón, el jefe del buque peruano decía después del combate, en su parte al Gobierno de su país, que la *Covadonga* hacía un nutrido y certero fuego con sus numerosos cañones o terribles ametralladoras.

Pero el combate se prolongaba demasiado

y es de presumir que el comandante Moore juzgara vergonzoso y deprimente para la potencia incontestable del poderoso buque que mandaba, el hecho de que el mísero buquecillo chileno estuviera aún a flote después de tres largas horas de cañoneo constante y sufriendo su nave las consecuencias de recibir a bordo unos cuantos mensajes de a 70, que el ojo certero de Orella y el diestro pulso del Teniente Lynch le enviaban muy a menudo.

## El espolonazo

Minutos antes de las doce y en circunstancias que la *Covadonga* se arriesgaba a pasar sobre las rocas sumergidas de Punta Gruesa, a la misma hora en que Grau dentro de la bahía de Iquique resolvía también terminar con la heroica obstinación de la *Esmeralda*, la *Independencia* se replegó sobre sí misma unos cuantos minutos; torrentes de espeso y negro humo salieron por su chimenea y luego vimos que se lanzaba con toda la fuerza de sus máquinas sobre nuestro costado de estribor, con el ánimo firme y decidido de partirnos en dos a la vez que de dispararnos el tiro de gracia con su famosa coliza de 150 libras, que veíamos asomar por su proa amenazándonos con una destrucción rápida y fulminante.

El gato se había sulfurado de verdad y se lanzaba sobre el tímido ratoncito para triturarlo de un solo manotón.

Pero los tripulantes de la *Covadonga* no eran "zurdos" ni "les habían amarrado las manos cuando chicos", como decía después pintorescamente uno de los marinos que relataba los incidentes del combate a un conocido de Tocopilla. En menos de dos minutos, todos los tripulantes que estaban armados con rifles o revólveres corrieron al lado de estribor y empezaron a disparar sus armas sobre la proa del monstruo, que avanzaba levantando olas de espuma en su furiosa arremetida, a la vez que las piezas de Orella y Lynch vomitaban fuego graneado que cubría de humo y de metralla el casco, la cubierta y la chimenea de la *Independencia*.

Era tal el furor, la desesperación y el deseo de morir peleando de la tripulación del pequeño buque chileno, que en su reducida cubierta sólo se oían el rápido crepitar del fuego de rifles, las roncas y breves voces de mando de los cabos de cañón al sacar y poner en batería las piezas y, ¿por qué no decirlo?, los juramentos gruesos de aquellos hombres enfurecidos que insultaban a gritos al enemigo, mandándoles junto con sus sólidos mensajes de acero, todo un arsenal de injurias nacionales, entre las cuales predomina-

ba con rara y enérgica expresión la palabra que inmortalizó Cambronne en Waterloo.

## El chiquillo se acalora

Confieso con humildad muy comprensible que yo estaba sobrecogido y anonadado en la cubierta de la *Covadonga*.

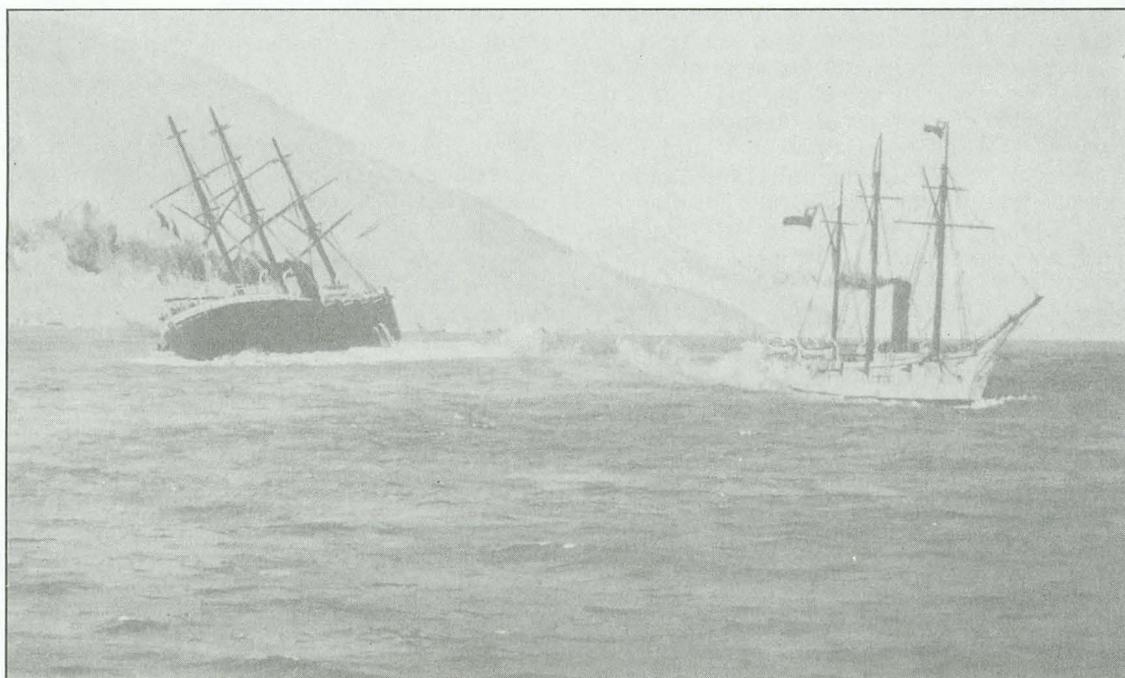
Posiblemente era aquel un espectáculo soberbio por su heroicidad y por su grandeza; pero mi edad no me permitía sentirme con deseos de transformarme ni en héroe ni en pasto de los peces y cuando recordaba en medio de aquel caos guerrero la mansa y silenciosa tranquilidad de mi hogar y las apacibles horas transcurridas en las aulas de los reverendos Padres Franceses, que todo aquello y mucho más pasa por la imaginación de un hombre en peligro inminente de muerte, hubiera deseado volver al colegio, aun a sabiendas de que el muy reverendísimo Padre Rector don Cosme Lobre me esperaba en la puerta de calle con dos docenas de guantes, de esos especiales para los niños flojos e incorregibles.

Sin embargo, el peligro en que estábamos, la vista de aquel monstruo que avanzaba llevando nuestra muerte y destrucción en su afilada proa, los gritos, los insultos, la batahola formada por aquellos endemoniados marineros cada vez que uno de nuestros cañones acertaba un tiro en el cuerpo de nuestro enemigo, los vivas a Chile salpicados con la poco parlamentaria palabra de Cambronne, la gruesa y ronca voz de Orella que, espada y revólver en mano, mandaba cargar, entrar y sacar de batería su cañón, y, tal vez más que todo, el propio instinto de conservación del número uno, hizo que me contagiara también del furor de aquella gente varonil y desenfundando un gran revólver, con que también estaba armado, me pusiera a descargarlo tiro tras tiro en dirección al buque enemigo.

Lo mismo hacía nuestro valeroso jefe en el puente de mando, que el momento aquel no era para estar con las manos ociosas.

## Ataque por la popa

Fue así como los artilleros de la *Independencia*, que esperaban seguramente pulverizarnos con su famoso cañón de proa, no pudieron descargarlo en ningún momento sobre nosotros y en cambio recibieron tal lluvia de proyectiles de varios calibres que su comandante juzgó prudente renunciar al ataque de espolón y virando en redondo, a doscientos metros escasos de la *Covadonga*, se alejó para regresar a los pocos minutos con nuevo y decidido empuje,



COMBATE DE PUNTA GRUESA, OLEO DE HORACIO GARCIA

avergonzado de haber retrocedido y resuelto a concluir de una vez por todas con aquel barquichuelo insolente que osaba encararse ya cuatro largas horas contra su poderoso y bien artillado barco.

A bordo de la *Covadonga* se comprendió que este era el momento decisivo y que el final de tan largo combate iba a llegar con nuestro aniquilamiento.

Más cauta y previsoramente que en el ataque anterior, la *Independencia* varió de táctica y en vez de precipitarse a partirnos por el costado lo hizo buscando nuestra popa, para evitar el fuego de nuestros cañones de costado, sabiendo que su pequeño enemigo carecía de cañones de caza y de retirada.

Fue aquí cuando brilló en el papel que le correspondió desempeñar en ese momento culminante del combate al heroico piquete del Regimiento de Artillería de Marina, que cubría la guarnición de la *Covadonga*, al mando del Sargento 1º Ramón Olave. Como es sabido, el puesto de combate de las guarniciones de los buques de guerra es el de cuidar y defender la bandera.

### **Olave, Gutiérrez y Latapiat**

El Sargento Olave era un soldado de pasta anti-

gua; esclavo de su deber, de la misma escuela de aquellas clases del heroico Segundo de Línea que perdió en Tarapacá su estandarte cuando sus defensores formaban solamente un montón de cadáveres, de los cuales al último que había caído costó esfuerzos inauditos arrancar aquel trapo sagrado, empapado en la sangre generosa de toda la escolta.

Tal era Olave, que al cubrirse de gloria ese hermoso día cubrió también de ella al regimiento al cual tenía el honor de pertenecer. Este tenía en el piquete de 20 hombres que custodiaba la bandera de la *Covadonga* a otros dos niños casi imberbes como Cabos 1º: Hilarión Gutiérrez y José María Latapiat, hijo este de francés, es decir, con la noble sangre de esa misma raza que hoy se bate codo a codo con los ingleses, defendiendo las conquistas de la civilización y las santas tradiciones del derecho bien entendido y que hoy como ayer amparan la causa del débil contra el fuerte.

Gutiérrez y Latapiat eran mozos de sólo quince o dieciséis años y ese día se cubrieron de gloria, especialmente el primero, que tuvo el alto honor de ser citado como uno de los más valerosos defensores de la *Covadonga* en los momentos críticos del ataque a espolonzos intentado por el buque peruano.

Con estos mozos tan imberbes como vale-

rosos, el Sargento Olave esperó impávido y resuelto el choque que veía venir, como un tren expreso, de aquella enorme mole de acero que se acercaba rugiendo para hundir en el abismo del mar a la pequeña goleta chilena.

Los veinte soldados que mandaba Olave se concretaron a disparar sus rifles, con la rapidez de una verdadera ametralladora, sobre la proa de la *Independencia* que ya estaba a doscientos metros, luego a cien y pronto a escasos cincuenta.

### La "Independencia" encalla

En este instante supremo ocurrió un fenómeno casi sobrenatural; algo inverosímil, aunque esperado y previsto.

La *Covadonga* chocó levemente con su quilla en una roca que no emergía del mar; luego vino un segundo choque; después sentimos como que resbalábamos sobre un lecho de roca plana y escurridiza y cuando algunos de los tripulantes gritaban: "¡Nos varamos... nos j...!" otros gritaron alborozados: "¡Se varó... se j...!"

En ese preciso momento, después de salvarse la *Covadonga*, escurriéndose sobre la superficie lisa de la roca para llegar al término de ella y flotar nuevamente, libre y más gallarda que antes, sentimos un estruendo horrísono, algo como un terremoto, como el choque de una montaña con otra, para luego ver a la *Independencia*, a la orgullosa y altiva fragata de 12 cañones de 70 libras que corría a sólo cincuenta metros de nuestra popa para reducirnos a pequeños átomos, chocar violentamente con la misma roca sobre la cual acabábamos de pasar con tan oportuna como extraña felicidad.

Aquello parecía un sueño, el despertar de una pesadilla, la realización de un verdadero milagro.

Luego, la enorme fragata acorazada montó la roca con una marejada y quedó incrustada allí para siempre, como si una mano invisible y poderosa la hubiera conducido fatalmente ahí, castigando su altiva soberbia y poderío y su indiscutible grandeza.

Allí, quedó, dando enormes barquinazos, sirviendo de mísero juguete a las olas que tan pronto la inclinaba de un lado como de otro, mientras sus tripulantes se arrojaban desesperados al mar y mientras rodaban a uno y otro lado sobre su extensa cubierta los fieros cañones que momentos antes habían vomitado torrentes de metralla sobre nuestro indefenso casco, buscando nuestro exterminio.

La escena del bíblico David, echando a tie-

rra con su famosa honda al gigante Goliat, estaba reproducida en las rocas de Punta Gruesa.

Si he de relatar con honrada verdad y franqueza esta parte del desenlace de tan extraordinario combate, puedo asegurar que mientras duró esta última y casi inesperada escena, toda la tripulación de la *Covadonga* quedó sorprendida. Era tan imprevisto, tan remoto, a pesar de lo posible, el desenlace; tan extraordinario y tan "al pelo", permítaseme esta chilena literaria, el choque y la destrucción de nuestro implacable enemigo, que la voz no salía de la garganta; el espíritu estaba sobrecogido por la grandeza y efectividad del casi milagro y la súbita desgracia de nuestro contenedor acalló durante unos cuantos segundos la natural explosión de alegría que, con toda justicia, vino en seguida a reemplazar ese rápido instante de natural sobrecogimiento.

El comandante Condell, que estaba en el puente de mando, sacóse la gorra y gritó ¡Viva Chile! y a este grito estentóreo contestó la tripulación, como en eco, con otro viva unísono, inconmensurable y vibrante de emocionado patriotismo.

### Hasta que se arrie el pabellón

La *Covadonga*, que había rebasado unos quinientos metros el sitio en que había encallado su enemigo, viró en redondo sobre estribor a la voz de orden de su jefe y hábilmente dirigida vino a situarse con la proa al norte, frente al gigantesco caído y a menos de doscientos metros de su costado de estribor.

Sobre el puente de mando de la malograda fragata, que daba barquinazos enormes impelida por la marejada, veíamos a algunos jefes y oficiales peruanos que, asidos desesperadamente a las barandas de bronce que circundaban el puente, nos hacían señales con sus pañuelos; mientras, sobre la revuelta cubierta, grupos de marineros trabajaban desesperadamente para arriar alguno de los botes, que al tocar el agua volcábanse inmediatamente.

Sólo entonces vínose a percibir en la *Covadonga* que el orgulloso buque, ya naufrago, tenía aún izada en el pico del mesana una descomunal bandera peruana que se batía furiosamente a impulsos del viento; luego, no estaba rendido. El Teniente Orella reinició el fuego con sus cañones, traspasando tres veces consecutivas el casco de la *Independencia* con otros tantos proyectiles sólidos que, perforando su casco de banda a banda, fueron a caer a la playa vecina.

Sin embargo la bandera enemiga permanecía izada, por lo cual el fuego de nuestra

artillería continuó aún, hasta que vimos que algunos marineros corrieron a popa y arriaron la orgullosa bicolor, izando la bandera blanca de rendición.

### Entusiasmo en la "Covadonga"

Como estamos relatando un episodio interesantísimo de nuestra historia militar, que hasta hoy ha sido poco comprendido y quizá insuficientemente estudiado y como deseamos narrar con honrada y estricta verdad, debemos referir que en el momento culminante que estamos describiendo, rendido el barco enemigo, anonadado su poder ofensivo y enclavado en las rocas a nuestra merced, el furor bélico incontenible e inenarrable de que estaban poseídos momentos antes nuestros valerosos marineros cesó como por encanto. Aquellos rostros varoniles, animados de salvaje expresión guerrera, aquel lenguaje violento y duro, aquellas caras que expresaban la decisión del exterminio propio y ajeno, todo ese conjunto de espíritu agresivo que buscaba la muerte retando a muerte al enemigo triunfante y victorioso, desapareció repentinamente para dar lugar a una explosión de sentimientos diversos y encontrados.

El bravo e indomable Orella subió al puente y abrazando estrechamente a Condell le pedía con voz enronquecida que le diera permiso para arriar una embarcación e ir hasta el buque naufrago para traer prisionero al comandante; los oficiales se abrazaban unos a otros, emocionados y enternecidos, y vi a rudos y bravos marineros que lloraban y reían conmovidos ante la grandiosidad y el éxito tan inesperado de aquella extraordinaria y ardua jornada.

El Teniente Lynch, extenuado por el cansancio y la emoción del momento, estaba sentado sobre la cureña de su pieza, rodeado de sus leales y fieles artilleros, que lloraban y reían y vivaban a Chile y a Condell, a la *Esmeralda* y a Prat, a la Providencia y a Orella, todo en revuelta y espontánea confusión.

La disciplina rígida y seca, tradicional en nuestros buques, habíase roto en esos sublimes instantes y todos nos sentíamos iguales y a la misma altura para manifestar nuestro entusiasmo y alegría. Todos corríamos sobre cubierta felicitándonos mutuamente; el rudo y tosco marinero abrazaba al apuesto y brillante oficial como este al mísero grumete que mantenía todavía entre sus manos el fusil aún caldeado del combate que acababa de terminar. En realidad, no era para menos.

Aquel barquichuelo frágil y raquítico, que bien podía haber sido colgado a uno de los

pescantes de la *Independencia*, y aquella tripulación encogida y estrecha, inerte y casi indefensa ante el poder diez veces superior de su enemiga, habían poco menos que resucitado en esos precisos instantes.

La vista del hermoso sol de las doce de aquel bello día, el sentimiento y la grandeza de aquel momento y la seguridad de existir real y efectivamente después de haber estado a un milímetro de la muerte, explican claramente el súbito desborde de entusiasmo y de lógico enternecimiento que agitaba e invadía el alma de aquel puñado de chilenos.

Mientras se desarrollaban a bordo de la *Covadonga* estas escenas impresionantes de jubiloso patriotismo, la *Esmeralda* habíase hundido en la rada de Iquique con su pabellón clavado al tope y Prat con su heroica oficialidad y su indomable tripulación había escrito para la historia de su patria la página más grande y más sublime que puede concebirse en los anales de una campaña marítima.

### El "Huáscar" a la vista

Cuando Orella exigía nuevamente a su comandante que lo dejara ir a tomar prisionero al jefe enemigo, volvióse Condell hacia la punta de Iquique, que se divisaba en lontananza, y estirando el brazo contestó a su digno y valiente segundo: "Ahora tenemos que entendernos con el *Huáscar*, que viene a pedirnos cuenta de la pérdida de la *Independencia*".

Efectivamente, doblando la punta de Iquique pudimos percibir al célebre monitor peruano, que venía a todo vapor hacia Punta Gruesa para informarse de la situación de su compañera.

Los entusiastas vivas terminaron como por encanto; las emociones, los enternecimientos y las mutuas felicitaciones se acabaron; las voces de mando del jefe y las órdenes de los oficiales se multiplicaron nuevamente y la disciplina, el seco y severo cumplimiento de los deberes de cada cual, reemplazó aquello instantáneamente.

### El "Huáscar" pierde tiempo

Mientras el *Huáscar* "volaba" en socorro de la *Independencia*, la *Covadonga*, como dejamos dicho, se aprontaba a sostener un segundo combate con el poderoso monitor que vendría indudablemente ciego de furor para vengar la extraordinaria derrota de su formidable compañero de merodeo.

Se sabe cuánto es el furioso dolor que se apodera del león macho o de su hembra cuando

cualquiera de estas fieras cae fulminada por la bala y el ojo certero del atrevido y audaz cazador. La que sobrevive no piensa sino en rugir y en vengar a la que ha muerto y en la desesperación que de ella se apodera, al contemplar inerte su cádaver, embiste ciega, buscando el oculto enemigo, que teme fundadamente el furor de la vengativa bestia.

Así pasó con el *Huáscar* cuando se detuvo asombrado y sorprendido frente al enorme casco de su compañero, que se debatía aún sobre la roca y de cuyos restos mutilados por la acción de las olas y las balas enemigas alzábase al cielo una densa humareda negra originada por un voraz incendio que amenazaba destruir lo poco que quedaba de aquella inmensa mole caída.

Mientras nuestra gloriosa goleta se alejaba poco a poco rumbo al sur de aquel ya histórico paraje, restañando sus heridas y alistándose para recibir la embestida final de aquel nuevo y poderoso enemigo, el *Huáscar* frente a la fragata naufraga permanecía como petrificado ante aquel desastre jamás previsto ni soñado.

Se arriaron todos sus botes para ir a la *Independencia* y tratar de salvar algo de su artillería, a la vez que oír de boca de su malhadado jefe la relación de aquella varada incomprensible.

Allí Grau perdió dos horas preciosas, ocupado en salvar a los naufragos y en combatir aquel voraz incendio, que a pesar de todos sus esfuerzos consumió en pocas horas hasta el último madero de la desgraciada nave.

### Una mentira oportuna

Cuando se desengañó por fin que de aquel orgulloso y altivo barco no quedaba más que el casco de fierro partido en dos y el recuerdo de la negra aventura, recordó a la goleta victimaria, que ya apenas se divisaba en lontananza, e impartiendo sus órdenes comenzó una persecución empeñosísima y emocionante, cuyo resultado fue negativo para él, como habían sido para Moore los dos espilonazos intentados con tan ciego furor como desgraciadas consecuencias.

Grau tenía en su buque a varios prisioneros de la hundida *Esmeralda*, entre los cuales se encontraba el único Aprendiz Mecánico escapado con vida de la gloriosa corbeta mártir, don José D. Vargas.

Deseando el jefe peruano saber a qué atenerse con respecto al buque al cual perseguía, llamó a aquel joven mecánico y lo interrogó sobre las millas que andaba la *Covadonga*, a lo que el valeroso y leal muchacho contestó que

forzando máquinas podía desarrollar fácilmente hasta once millas marinas. Entonces Grau resolvió suspender por el momento la persecución y se dedicó aún a intentar el salvamento de los restos de la *Independencia*.

### Una fuga penosísima

En realidad, lo único que salvó con este acuerdo el jefe peruano fue a la pequeña *Covadonga*, que en aquellos momentos huía al sur andando 4 millas escasas, con su tripulación extenuada por cuatro largas horas de combate y en inminente peligro de hundirse, pues el agua entraba al buque como a un canasto por el enorme boquete abierto en su casco a flor de agua por el proyectil de 300 libras con que nos traspasara el *Huáscar* esa mañana dentro de la bahía de Iquique. Por esto nuestro buque amenazaba por momentos con desaparecer de la superficie del mar.

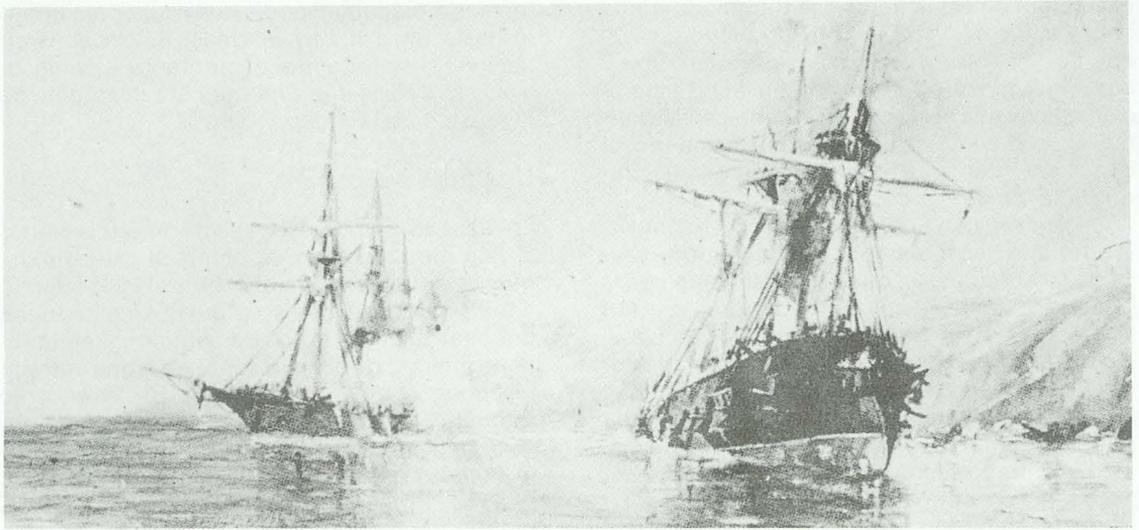
En los primeros momentos del combate de la mañana con el *Huáscar* y recién recibido en nuestro casco el certero disparo del monitor que mató al malogrado Cirujano Videla, la gente del entrepunte y el carpintero del buque habían tratado de tapar como mejor se pudo aquel enorme agujero, por donde entraba agua a cada cabeceo del buque; pero el burdo tapón de colchones, estopa y lonas había aflojado y el mar se colaba adentro inundando el entrepunte y cayendo al departamento de las máquinas, calderos y sentina, con lo cual amenazaba apagar hasta los fuegos.

### Salvamento de la "Covadonga"

Todos, desde el más alto oficial hasta el más humilde grumete, corrieron a las bombas y los que no tenían cabida en ellas se armaron de baldes de madera y lona para vencer al nuevo enemigo, que amenazaba, por instantes, hundirnos.

Era de ver y oír a aquellos hombres que rivalizaban en el trabajo sin descansar un momento, cómo corrían por las escalas llevando cada cual su balde de agua y formando cadenas sin fin para sacar el líquido elemento que nos amenazaba minuto por minuto.

El comandante Condell y los Tenientes Lynch y Euzquiza recorrían sin cesar los grupos de marineros y soldados animándolos y exhortándolos a vencer, mientras en el entrepunte el carpintero del buque con el Teniente Orella y el Guardia Marina Sanz luchaban por tapar herméticamente la descomunal rotura, metidos hasta la cintura en el agua que se precipitaba adentro con la fuerza de una catarata.



COMBATE DE PUNTA GRUESA, OLEO DE ALVARO CASANOVA ZENTENO

Por fin, a las once de la noche se logró cerrar el boquete, mermó el agua y la tripulación pudo pensar en tomar un bocado de alimento, que harta falta le hacía.

El comandante Condell se había mantenido toda la noche hasta el aclarar navegando cerca de la costa, para varar el buque en el caso que no hubiera podido evitarse el hundimiento y salvar a su tripulación, ya que el único bote que había quedado ileso del combate del día no habría podido salvar sino unos doce o quince tripulantes. Los demás habían sido destrozados por los disparos de nuestra propia artillería, a consecuencia de que los pescantes estaban muy inmediatos a la boca de los cañones y el efecto de la concusión del tiro los había destruido.

### A Tocopilla

A las 6 de la mañana Condell ordenó cambiar el rumbo al oeste, es decir, mar afuera, para tomar la dirección de Tocopilla, adonde contaba con llegar a medio día.

Solamente a las 5 de la tarde pudimos entrar a este puerto, donde fuimos recibidos por el Alférez de Artillería de Marina don Alfonso Toro Herrera, que ejercía el cargo de Subdelegado Marítimo.

Después de comunicarse por telégrafo con Santiago y La Moneda, la *Covadonga* recibió

instrucciones para dirigirse por alta mar a Antofagasta. Al mismo tiempo se avisaba a Condell que se despacharía un transporte rápido para encontrarnos y darnos remolque hasta el puerto. Esa misma noche salimos de Tocopilla a las once y media y nos lanzamos a alta mar.

### El "Huáscar" nos persigue

Mientras tanto ¿qué había sido del *Huáscar*?

Tres horas después que nos perdió de vista por el sur, el comandante Grau supo positivamente que la *Covadonga* no desarrollaba más de cinco a seis millas por hora y luego de amenazar con fusilar al mecánico de la *Esmeralda* por su equivocado y malicioso informe, se lanzó en nuestra persecución para vengar en nosotros la pérdida de la *Independencia*.

Forzando sus máquinas corrió hacia el sur a diez millas fuera de la costa y al aclarar de ese día llegó a la vista de Antofagasta, donde esperaba que nos habríamos refugiado. No encontrándonos ahí, razonó acertadamente y calculando bien se dijo: "La *Covadonga* viene apegada a la costa". Retrocedió, azorado e inquieto, buscándonos en las caletas, en Tocopilla y en Cobija.

Era el momento en que Condell, con notable y justo acierto, hacía rumbo a Antofagasta por alta mar, mientras el fiero león nos buscaba el rastro por la costa. ★